

P. Mauro-Giuseppe Lepori OCist

La tienda del Verbo de Dios

Consideraciones sobre la situación actual del monacato benedictino

En la misión de la Iglesia

Les agradezco que me hayan invitado a este importante encuentro del mundo monástico latinoamericano. Desde que fui elegido abad general en 2010, he visitado a menudo Brasil y Bolivia, donde se concentra la presencia de mi Orden en América Latina, y siempre ha sido una experiencia muy estimulante y desafiante para mi ministerio pastoral y mi vocación monástica.

En lo que les voy a decir, retomo sobre todo las reflexiones que presenté en la reunión del Sínodo de mi Orden, que se reunió la semana pasada para preparar el Capítulo General del próximo año. Son reflexiones hechas a partir de mi experiencia visitando a la Orden en diversas partes del mundo, pero debo confesar que Brasil y Bolivia, de los que soy más directamente responsable que de otras presencias cistercienses en el mundo, me han inspirado particularmente, tanto positiva como negativamente.

En estos días ha comenzado un mes misionero extraordinario para toda la Iglesia, promulgado por el Papa, y también un Sínodo extraordinario dedicado a la Amazonia. Me parece importante que lo tengamos también en cuenta cuando meditamos sobre nuestra presencia y misión monástica en el mundo y en la Iglesia de hoy. Porque toda vocación es misionera, aunque tenga acentos específicos ligados al carisma de San Benito, como la estabilidad, la clausura, el silencio, la acogida en vez de la salida y el ir lejos. Estamos siempre llamados a encarnar una misión universal, la misión de toda la Iglesia, es decir, la misión de Cristo enviado por el Padre para salvar al mundo entero.

Toda experiencia de encuentro con Jesucristo nos hace misioneros, incluso y diría sobre todo dentro y desde dentro de la vida monástica, de una vida de estabilidad en un lugar y una comunidad particulares. En el fondo, la vida humana, la condición humana, con la encarnación de Dios, se ha transformado completamente en Nazaret, en una vida oculta de Cristo en la vida ordinaria de los hombres. Por eso, la verdadera misión y transmisión tiene siempre una dimensión mariana, como cuando la Virgen María se sintió enviada hacia Judea, hacia las montañas, hacia su prima Isabel. El acontecimiento de Cristo ha creado, por decirlo así, una "estabilidad en la misión". Y la estabilidad deseada y educada por San Benito es en realidad un "permanecer peregrinos", un "entrar en el ser mandados", un permanecer en el centro que alcanza las extremas periferias del mundo y de la humanidad.

La tienda del Verbo Encarnado

En nuestros monasterios rezamos al Ángelus tres veces al día. Lo he estado haciendo durante al menos 35 años, pero lo rezaba incluso ya antes; sin embargo, sólo recientemente me ha impresionado el sentido literal del tercer versículo de esta oración, que cita el Prólogo de Juan: "Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros" (Gv 1,14). En griego, "habitó" se expresa por el verbo *skenoo*, que proviene del término tienda (*skene*). Al pie de la letra podría traducirse como "Y el Verbo se hizo carne y plantó su tienda [*eskenosen*] en medio de nosotros".

En la Biblia, y para las poblaciones nómadas de los descendientes de Abraham, la tienda es una morada que se mueve con los que en ella viven. Ciertamente es una vivienda frágil, pero precisamente por eso una morada que no nos impide caminar, progresar o cruzar el desierto. Pero la tienda para los nómadas no es sólo esto; es también un lugar de acogida y de encuentro. Crea en el camino, puntos de comunión, amistad, familiaridad con el otro, de participación en la protección que ofrece y en las comidas que reúnen a la familia o a la comunidad. En la tienda los nómadas se reúnen para estar juntos y dialogar.

El verbo utilizado por San Juan para describir la encarnación del Verbo de Dios, o más bien el efecto inmediato de la encarnación del Verbo, quiere expresar, por tanto, el hecho de que Dios ha plantado en medio de nosotros, en medio del mundo, una tienda que nos permite vivir con Él todo lo que la tienda significa para los nómadas del desierto.

Sabéis que cuando San Benito insiste en la Regla sobre el concepto de "habitar" en el monasterio, parte de una cita del Salmo 14 que utiliza también la imagen de la tienda, en latín: "*tabernaculum*". Cita el versículo: "Señor, ¿quién habitará en tu tienda?" (Sal 14,1). Benedicto responde a esta pregunta citando este salmo, y dice que en estas palabras se nos da a escuchar al Señor que nos responde "mostrándonos el camino de la tienda – *ostendentem nobis viam tabernaculi*" (RB Prol. 24), quiere decir en primer lugar el camino para llegar a esta tienda, pero también podemos entenderlo en el sentido de la vía que se nos ha dado para caminar viviendo en la tienda de un Dios que se ha hecho nómada entre nosotros, que ha venido a vivir y caminar entre nosotros, que ha venido en misión entre nosotros, que ha venido en misión entre los hombres.

Un poco más adelante, de nuevo en el Prólogo, San Benito vuelve a esta imagen: "Por tanto, hermanos, cuando preguntamos al Señor cómo habitar en su tienda [*de habitatore tabernaculi*], hemos oído lo que se prescribe para habitar allí [*habitandi praeceptum*], pero a condición de que cumplamos con el deber de los que viven allí [*haboris officium*]" (RB Prol. 39).

San Benito insiste en el término habitar, habitante, y esto podría darnos una idea muy estática de la vida en el monasterio. Pero no deberíamos olvidar que habla del "habitante de la tienda – *habor tabernaculi*", es decir, de un nómada, de uno que *habita en peregrinación*, de uno que *mora caminando*.

Caminar juntos

Me parece una imagen a tener en cuenta sobre todo hoy, cuando todo se mueve. No sólo los migrantes de países pobres viven en una inestabilidad a menudo trágica, sino que también las poblaciones que están bien, que tienen casa y trabajo, siempre están en movimiento, a menudo sin saber adónde van. Se mueven bajo la ilusión de escapar de la inestabilidad de sus corazones inquietos y desorientados. Cristo no viene a decir al hombre inquieto e inestable: "¡Quédate quieto!", sino que nos ofrece un camino en el que moverse tiene un sentido, no es sólo un huir sin dirección, sino un caminar juntos hacia una meta, un caminar orientado hacia una meta.

Es precisamente esto lo que los monjes y monjas, las comunidades y las Ordenes monásticas están llamadas a ofrecer a la humanidad de hoy, inquieta e inestable: la estabilidad de un camino en el que toda la vida tiene sentido, porque va hacia el Destino último del universo y de la historia. Por eso es importante que no concibamos, nosotros los primeros, nuestra vida en el monasterio como un vivir en fortalezas inquebrantables, sino como un vivir en la tienda del Señor que nos ofrece una morada, una protección, una estabilidad, pero que también nos permite hacer un camino juntos, juntos con Cristo y nosotros juntos en Él, para que nuestra propia morada, nuestra propia vida monástica y cenobítica sea misión, evangelización en la Iglesia y para el mundo.

Debemos tomar conciencia de que estamos llamados a vivir en una tienda, incluso en nuestros monasterios con muros de un metro o más de ancho. No se trata de una cuestión material o física, sino de la conciencia con la que tenemos que vivir en el monasterio y, sobre todo, en comunidad. La mayor aberración que podemos vivir en la vida monástica, y la veo en casi todo el mundo, es la de vivir en el monasterio sin vivir en comunidad. Es como si el monasterio fuera un monumento sepulcral en lugar de ser una morada para los seres vivos. Y el primer efecto de no vivir en comunidad viviendo en un monasterio es que no se camina, que el monasterio ya no es el camino de la tienda, la "*via tabernaculi*" en la que se habita con Cristo que camina con nosotros. En el monasterio vivimos para hacer un camino, para ser peregrinos en la tierra, como todo ser humano creado por Dios y para Dios.

Debemos recordar siempre que la tienda en la que se nos da y se nos pide que habitemos y peregrinemos es la que el Hijo de Dios ha puesto en medio de nosotros, haciéndose hombre, la tienda de la Iglesia. "El Verbo se hizo carne y puso su tienda en medio de nosotros". Dios no puede estar más presente en nosotros que como lo está en su carne, hecho hombre. Pero habita entre nosotros en forma de tienda, un lugar que no es sólido en sí mismo, sino que es una morada para nosotros en la medida en que encontramos a Cristo en ella, dialogamos con Él, compartimos con Él el pan y el vino, y con Él, en Él, encontramos a los hermanos y hermanas que Dios pone en nuestro camino hacia la Patria del Cielo.

Una tienda en la que no vivimos juntos, en la que no nos encontramos, ya no es una morada, ya no es una casa: son sólo telas colgadas o tendidas, a veces como preciosos tapices de museo, otras como trapos desgastados por el tiempo, pero nadie las llama "casa" o "hogar". Sólo si se nota gente viviendo junta, se dice que la tienda es una vivienda, una morada. Esto también se aplica a los edificios de piedra, pero el problema es que es más fácil engañarse a sí mismo diciendo que un edificio es una vivienda, incluso si nadie vive allí, incluso si uno no vive en él. Muchos monasterios pueden dar esta ilusión a quienes los miran desde fuera, pero en realidad no ofrecen una vivienda.

La naturaleza sinodal de nuestro carisma

En las Órdenes y Congregaciones cistercienses, este año se conmemora el 900 aniversario de la aprobación papal de la *Carta Caritatis*, documento fundacional de la organización de los primeros monasterios cistercienses en una familia de monasterios autónomos pero ligados por el carisma y momentos de comunión como el Capítulo General, la Visita Regular, etc. En la *Carta Caritatis* vemos que nuestros Padres pusieron de relieve los elementos esenciales para hacer de la Orden una "morada en camino", una gran tienda que permita a todas las comunidades y a todos los miembros de la Orden encontrar protección, encontrarse, caminar juntos, y todo esto con Cristo, en la tienda que Cristo plantó en el mundo encarnándose.

La gran tienda de la Orden está concebida también como una escuela para aprender a vivir en la tienda de cada comunidad, y para ayudar a cada comunidad a encontrar su propia "*viam tabernaculi*", su propio camino particular hacia y en la tienda de Cristo.

Observo que la imagen de la tienda como morada de nuestra vocación en camino es una imagen muy "sinodal", en sentido etimológico del término, al que a menudo se refiere el Papa Francisco: "caminar juntos". Creo que cualquier reforma o actualización de nuestras Órdenes y Congregaciones deberá ser una profundización y revitalización de la naturaleza sinodal de nuestras estructuras de comunión y de encuentro. La experiencia que hice el año pasado al participar en el Sínodo de los Obispos sobre el tema "Jóvenes, fe y discernimiento vocacional" me ayudó a comprender el concepto sinodal de autoridad que San Benito nos enseña en la Regla, no sólo en el capítulo 3. Siempre debemos reexaminar nuestras instituciones con una pregunta muy sencilla pero también muy urgente: ¿Cómo nos ayudan las estructuras a caminar juntos por el camino de nuestra vocación?

San Benito, en el capítulo 3 de la Regla, nos recuerda que un aspecto importante de la sinodalidad es escuchar a los más jóvenes (RB 3,3). No se trata sólo de escuchar sus ideas y sugerencias, que en sí mismas no valen ni más ni menos que las de los ancianos, sino de no perder la sensibilidad por el profundo deseo que en ellos habita, por la frescura de su sentimiento de ser llamados por Cristo. Es verdad que a veces algunos jóvenes son más "viejos" que muchos ancianos; a veces no tienen, o pierden rápidamente su fervor, quizás por nuestra culpa que no les ofrecemos el

acompañamiento necesario para mantener vivo el amor de Cristo y renovar el encuentro con Él. Pero debo decir que, en la mayoría de los casos, especialmente en Asia, África y América Latina, encuentro a los jóvenes verdaderamente deseosos de entregar sus vidas a Cristo, pero que no encuentran en la comunidad no sólo la ayuda y el ejemplo de preferir a Cristo, sino ni siquiera una conciencia del valor de esta preferencia para nuestras vidas. Es como si no encontraran entre nosotros la estima y el respeto sagrado por el valor de cada vocación, por el hecho de que Jesús encuentra a un joven, lo ama y lo llama a seguirlo para siempre.

La gran responsabilidad de los superiores, de los formadores y de todos los adultos en la vida monástica es sobre todo ponerse al servicio de esta perla preciosa que el Señor hace encontrar a quien está verdaderamente llamado a seguir nuestra vocación. Evidentemente, si nosotros mismos hemos olvidado el valor de la perla que nos fue dada personalmente, nos resultará difícil estimarla para los demás. Pero si estamos un poco "esclerotizados" en nuestra pasión por la vocación, al menos debemos dejarnos llamar al espectáculo de las siempre sorprendentes vocaciones de los jóvenes y ayudarles a ser menos negligentes que nosotros en la vigilancia y valoración de la perla recibida.

La *Carta Caritatis* es un maravilloso ejemplo de cómo los primeros Padres Cistercienses pensaron en las estructuras a la luz y al servicio de la vocación, del carisma. No estaban interesados en las estructuras, sino en la vocación que las estructuras debían servir. Por eso eran fieles a las estructuras, y pedían a todos esta fidelidad.

El asno del samaritano

Creo que lo más positivo que experimento en todas partes no es que las comunidades "vayan bien", que sean sólidas y ejemplares ¡al contrario!, sino que la fragilidad ha demostrado ser una oportunidad preciosa para caminar juntos. En tantas situaciones, especialmente allí donde la fragilidad, pero también el peligro, amenazaba a comunidades y personas, las instituciones como los Capítulos o las Visitas regulares o los Consejos han demostrado ser estructuras ágiles y sólidas, en las que podemos confiar realmente para apoyarnos y acompañarnos.

Cuando pienso en cómo nos hemos ayudado a sostener estas realidades frágiles, recuerdo la imagen del buen samaritano que, para ayudar al hombre golpeado por los ladrones, valoró con caridad y elasticidad los medios de que disponía, a saber, el aceite y el vino, el asno y el dinero (cf. Lc 10,34-35). Al igual que el sacerdote y el levita que pasaron junto al hombre herido antes que él, este también estaba de viaje con otro objetivo que curar a un pobre hombre que había sido despojado de sus bienes y golpeado. Pero la compasión y la piedad que movieron su corazón le hicieron decidirse a poner sus medios al servicio de otro, lo que básicamente enalteció a los medios que tenía a su disposición. El aceite y el vino, es claro que los tenía para sazonar y alegrar su comida; el asno, para ir a hacer su negocio y tal vez

traer algunos bienes para vender y ganar; y el dinero lo tenía para gastarlo para sí mismo. Eran instrumentos con fines precisos y definidos. La compasión cambió su uso para convertirlos en instrumentos de bondad, de caridad, de fraternidad con este herido extranjero. Y sobre todo, se convirtieron en instrumentos para obtener la benevolencia de Dios hacia él.

Pues eso, también nuestras estructuras son como el aceite, el vino, el dinero, y yo diría que sobre todo como el asno del samaritano. Habitualmente estamos llamados a usarlos para nosotros mismos, de acuerdo con las reglas establecidas y para nuestro beneficio legítimo. Pero estamos viviendo un momento de la Iglesia y de las Órdenes que nos invitan cada vez más a utilizarlos para aliviar y sanar la fragilidad, la pobreza, el sufrimiento de nuestros hermanos y hermanas. Y así descubrimos que nuestras estructuras funcionan muy bien para hacer el bien, mucho más que cuando las usamos sólo para un uso "normal". Un asno que actúa como ambulancia hace algo más útil y noble que llevar pesos materiales. El aceite y el vino que curan las heridas tienen un uso más precioso que simplemente terminar en nuestro vientre y, ¡lo siento!, en la cloaca. El dinero gastado en hacer el bien se convierte incluso en un tesoro en el Cielo....

Debo decir que he visto y experimentado a menudo este salto en el valor de nuestras estructuras en los miembros femeninos de la Orden. Ciertamente, la capacidad de usar lo que tenemos para cuidar al otro es inherente a la naturaleza materna de la mujer. Por eso a menudo he subrayado y recomendado la experiencia positiva que tengo de estar acompañado por una monja en las visitas canónicas, incluso en los monasterios masculinos. En mi Orden, desde que las abadesas y las prioras se convirtieron en miembros de pleno derecho del Capítulo General en el año 2000, del que representan la mitad de los miembros, así como del Consejo del Abad General, hemos pasado de una gestión "política" de la responsabilidad a una gestión más directamente orientada al cuidado de las comunidades y de los individuos.

También por esta razón, hace algunos años, promoví, con la ayuda inmediata de la Orden de los Cistercienses de la Estricta Observancia y de algunas Congregaciones Benedictinas, la causa de llegar a reconocer a Santa Gertrudis de Helfta, Doctora de la Iglesia, convencido de que su doctrina bíblica, litúrgica, monástica y mística es una contribución fundamental para vivir la naturaleza esponsal y femenina de la Iglesia, en una relación viva con Cristo. Desde América Latina, donde Santa Gertrudis es muy venerada, llegó el apoyo explícito de 10 Conferencias Episcopales y de las diversas organizaciones monásticas. Quería subrayarlo y agradecerles que estén a la vanguardia de esta iniciativa. Es más difícil convencer a las Conferencias Episcopales Europeas, y en particular a la Conferencia Episcopal Alemana, que debería ser la primera en promover oficialmente la causa. Sin embargo, durante esta reunión de EMLA van a ser informados más ampliamente, especialmente con un stand dedicado a la causa. No sé si esta causa alcanzará algún día un resultado oficial, pero esta iniciativa ya ha dado muchos frutos en el estudio y profundización por parte del mundo monástico y también por parte de muchos laicos de las obras de Santa Gertrudis, con numerosos congresos, simposios, traducción de textos, etc.

Estoy seguro de que este compromiso permitirá al mensaje de Santa Gertrudis demostrar su pertinencia, es decir, que el hombre, la Iglesia y el mundo de hoy lo necesitan.

Vuelvo al asno del samaritano... El salto del uso puramente regular de las estructuras a su uso al servicio de la caridad, de la compasión y, por tanto, de la vida, no es instintivo: hay que cuidarlo, hay que formarlo. Las estructuras, los instrumentos de nuestras Órdenes, si no se utilizan con cuidado, no sirven para nada, no hacen vivir a nadie.

Esto es un poco como una cruz en mi ministerio: cuando uno se encuentra haciendo Visitas canónicas, o Capítulos, o convocando Consejos, etc., sin que estos instrumentos sean tomados en serio por aquellos que deben participar en ellos, y a menudo por aquellos para quienes nos gustaría usarlos. A veces es como si el hombre herido por los bandidos no quisiera subir al asno, o se tirase de él mientras lo llevamos al hostel, o se quitara el aceite y el vino de sus heridas, porque queman un poco, impidiendo así curarlo, o tomara el dinero y lo gastara, no para curarse a sí mismo, sino para dar rienda suelta a algún vicio.... Podría dar muchos ejemplos y un poco en todas partes del mundo.

Pero tengo que decir que cada vez prevalece más una actitud positiva, en la que uno realmente pide ayuda y se deja ayudar, y se compromete con la ayuda que recibe.

Observo que un factor que nos ha ayudado en la Orden a tomar en serio nuestros instrumentos y estructuras oficiales son a menudo las reuniones no oficiales o canónicas, como un curso para superiores que se celebra cada dos o tres años, y otros grupos de encuentros fraternos entre superiores por región lingüística, sin olvidar los encuentros de formación para los más jóvenes, como el Curso de Formación Monástica que celebramos en Roma durante un mes cada año, en colaboración con *Sant'Anselmo*, con una gran participación de monjes y monjas de América Latina, especialmente de Brasil, incluyendo Benedictinos y Trapenses.

Un asno que realmente lleva a Cristo

Sin embargo, no hay estructura ni momento que vayan adelante por sí solos. Si no hay quién las anime con la intención recta con la que las viven, las estructuras permanecen estériles, asnos de desfiles, que son incapaces de llevar nuestras necesidades reales y nuestras fragilidades.

A veces la forma de las instituciones y estructuras se vuelve demasiado importante, y por lo tanto demasiado pesada, y no ayuda a llevar nuestras fragilidades reales. Es como si el samaritano, en vez de poner al herido en la espalda del asno, cargara el asno sobre los hombros del herido... Realmente tengo esta impresión con respecto a muchas estructuras de la Iglesia, incluso algunas estructuras legislativas como algunos aspectos de *Cor Orans*. No son asnos que nos ayudan a llevar las fragilidades, sino asnos que se dejan llevar por las fragilidades, y así las aplastan. Por esta razón, en el mundo monástico, no sólo debemos llevar a cabo una restauración estética de las estructuras, sino también hacerlas adecuadas para llevar nuestras debilidades de hoy, valorando también nuestras fortalezas.

Me gusta mucho pensar en nuestras estructuras y ministerios con la metáfora del asno. Hasta un abad general debe ser un ...asno útil. No lo digo por humildad, sino porque Jesús sólo ha dicho del asno de la entrada de Jerusalén que "el Señor lo necesita" (Mt 21,3; Mc 11,3; Lc 19,31). Ni tan siquiera de los apóstoles ha dicho esto. Cristo necesita personas y estructuras que Lo "lleven" en su entrar en la Pasión que salva al mundo. Todas las personas, estructuras e instituciones de gobierno y responsabilidad que tenemos en nuestras Órdenes y Congregaciones realmente sirven si nos preocupa que sean siempre portadoras de Cristo Redentor.

Este es un criterio que elimina inmediatamente muchos falsos problemas y muchas reivindicaciones inútiles sobre la forma y el funcionamiento de nuestras instituciones de comunión y de gobierno. Por ejemplo, si los reclamamos o los utilizamos en una perspectiva de poder, de autoreferencialidad, buscando sólo salvaguardar u obtener nuestros intereses personales o los de nuestro monasterio, traicionamos la esencia de su significado. Jesús no necesitaba el asno para ser proclamado rey de los Judíos, sino para entrar con humildad y mansedumbre en su Pasión redentora.

En mi Orden, por ejemplo, el papel del abad general se ha visto reducido de muchos adornos y jurisdicciones, y se ve obligado casi solamente a llevar a personas, comunidades y Congregaciones en estado de crisis, como el hombre "*semivivus*" de la parábola del buen samaritano (Lc 10,30). No me quejo de ello, porque cuanto más pasan los años, más me doy cuenta de que la Orden ha elegido para el abad general "la mejor parte", la de cuidar sobre todo de Cristo en su carne herida, en sus miembros abandonados y despreciados.

Necesitamos vivir juntos, superiores, comunidades, e incluso las diferentes Órdenes, la afrenta de estas situaciones críticas, justamente para recordarnos que este ocuparse de situaciones frágiles y difíciles no es una pérdida de tiempo en el camino de nuestra vocación y misión, ni un obstáculo para vivirlo con plenitud y fecundidad, sino el camino mismo de esta fecundidad.

Son experiencias hermosas, ciertamente agotadoras en muchos sentidos, pero con un agotamiento lleno de alegría, y también de esperanza, porque cuando se hace una experiencia de amistad, incluso en las peores situaciones la esperanza se nutre de la misma amistad, no de cómo va la situación como tal. Y esto nos hace libres también con respecto al resultado de nuestro ministerio, de nuestro esfuerzo. La esperanza permite la libertad porque sabemos que el resultado de nuestros esfuerzos está siempre y en todo caso en manos de Dios.

No obstante, la fragilidad de una comunidad no siempre es inocente. También hay realidades frágiles que no quieren ser ayudadas, o que sólo quieren ser ayudadas como quieren, lo que significa prácticamente que quieren que se las apoye... para ir mal, para ir cada vez peor. En estos casos, creo que llega un momento en que debemos pensar en el bien de la Iglesia y no tener miedo de "*amputare radicitus*", como diría San Benito (cf. RB 2,26; 33,1; 55,18), una planta que no sólo es estéril sino podrida.

Es importante permanecer vigilantes, incluso con toda misericordia, "*ne una ovis morbida omnem gregem contagiet* – que una oveja enferma no infecte a todo el rebaño" (RB 28,8). San Benito dice esto sobre todo para los individuos, pero a veces desafortunadamente se aplica a toda una comunidad. En algunas comunidades tengo la impresión de que con la excusa de la misericordia se mantiene el vicio. Estoy de acuerdo en que debemos intentar salvarlos, pero esto significa que se tenga el valor y también la posibilidad de corregirlos y ayudarlos a hacer un camino. Dejar a las personas en su vicio y corrupción nunca es caridad.

El asno y el caballo

Pero no quiero terminar con esta triste nota, así que vuelvo a tomar, para concluir, la bonita imagen del asno, que pone siempre de buen humor.

¿Cuál es la diferencia entre un asno y un caballo? Zoológicamente no me corresponde a mí explicarlo, pero bíblicamente está claro: el caballo corre, tiende a llegar a una meta, y por eso se utiliza en la batalla. Pero Dios mismo, en su Palabra, desarma esta soberbia y nos desmonta de nuestros "caballos": "El caballo no es bueno para la victoria, con todas sus fuerzas no puede salvar" (Sal 32,17). No debemos pensar en nuestras Órdenes y Congregaciones, en nuestras estructuras, en nuestras propias responsabilidades, como "un caballo para la victoria", porque esto, y la historia de nuestras Órdenes y de la Iglesia lo demuestra, siempre termina en un fracaso ridículo.

El asno, en cambio, no va a la guerra, no ayuda a ganar, sino a llevar, a soportar, como hemos visto con respecto al asno del samaritano y al asno del Domingo de Ramos. Podemos pensar también en el asno que en la iconografía cristiana lleva a María y a Jesús en la huida a Egipto, guiados por San José. En definitiva, el asno es útil porque "lleva", es paciente, y no toma el lugar ni el valor de lo que lleva o de a quién lleva. Si va a llevar a Jesús, no piensa que los "¡Hosanna!" están dirigidos a él: deja que sean para Jesús. Si va a llevar al herido, deja que las atenciones vayan para el herido, no se deja alojar y curar a si mismo por el hotelero.

Todas nuestras realidades monásticas, todas nuestras presencias, todas nuestras obras y estructuras deben ser así, deben ser de esta manera. Si no lo son, no sólo serán inútiles, sino también perjudiciales. Porque Cristo ganó la batalla pascual del Reino no sobre un caballo fogoso, sino llevado por un humilde y suave asno, del que hoy, más que nunca, "¡el Señor necesita!".